

LOS NAZARENOS DEL CORDOBÉS JUAN DE MESA

Pilar Calvo González-Regueral

Licenciada en Historia del Arte

Juan de Mesa y Velasco (Córdoba 1583 – Sevilla 1627) es uno de los grandes escultores del siglo XVII español, Siglo de Oro de las artes en España, y por tanto también, y muy especialmente, de la escultura. Y decimos muy especialmente porque la escultura española del siglo XVII tuvo un magnífico desarrollo, dando figuras de una talla excepcional como Gregorio Fernández y Juan Martínez Montañés, las dos personalidades que marcarán con su estilo la impronta de los dos focos o escuelas determinantes para la escultura barroca española en la primera mitad del siglo XVII. Estos dos focos son Valladolid, con Gregorio Fernández como máximo representante e impulsor de la escuela castellana, y Sevilla, con Martínez Montañés a la cabeza. Ambos, con sus características singulares, crearán una serie de modelos o tipos que serán repetidos por la escultura posterior. Pues bien, es en el entorno de

Montañés en el que tenemos que situar a Juan de Mesa y Velasco, como discípulo más destacado del gran escultor de la escuela sevillana del barroco andaluz.

Son pocos los datos que se conocen de la biografía de este escultor. Sabemos que nace en Córdoba en 1583 y muere en Sevilla en 1627, pudiera ser víctima de la tuberculosis. Entra como aprendiz en el taller de Martínez Montañés en 1606 y probablemente antes de entrar en el taller de éste, debió de estar con otro maestro, Andrés de Ocampo, donde coincidiría con el granadino Alonso de Mena. Hasta 1615 continúa su aprendizaje en el taller de Montañés y es en ese año cuando se independiza e instala su propio taller en la entonces próspera ciudad de Sevilla, taller que mantiene hasta 1627, año de su muy temprana muerte.

La huella del estilo de su maestro es innegable porque él, más que ningún otro, supo asimilar el estilo montañesino y lo hizo hasta tal punto que durante



“Lapida en la Iglesia de San Martín (Sevilla) dónde está enterrado Juan de Mesa”

muchísimos años su personalidad y su obra han estado confundidas con las de su maestro. Como en Martínez Montañés, orden, ponderación y equilibrio caracterizan su estilo, sin embargo, en sus obras hay un realismo más intenso, un dramatismo mucho más acusado, y es precisamente esa intensidad expresiva la que contribuye a marcar con indiscutible personalidad su estatuaria. Según María Elena Gómez Moreno, Mesa es “barroco por temperamento, realista integral, apasionado y con posibilidades dramáticas que Montañés nunca tuvo”.

Es un escultor que a pesar de su corta vida posee una producción muy numerosa (más de diez Crucificados, un yacente, los dos Nazarenos, Santos



Santos Calero, Sebastián: “Monumento a Juan de Mesa en la Plaza de San Lorenzo (Sevilla, 2005)”

varios y Vírgenes), toda de gran contenido espiritual, no solo por su temática sino por la emoción y expresividad que transmiten sus imágenes. Son perfectamente reconocibles en su humanidad, sin idealizar, participando estrechamente de la realidad (no hay que olvidar que estamos ante un escultor barroco), pero tienen una carga espiritual como pocas.

Se centra en la talla de imágenes exentas más que en la composición de retablos, y, como no podía ser

de otra forma, pues no hay que olvidar que estamos en la España de la Contrarreforma, toda su obra es, como hemos señalado, de temática religiosa. La escultura profana en España durante el siglo XVII es escasísima, prácticamente nula. En España la Iglesia va a ser uno de los principales clientes de los escultores en particular y de los artistas en general, lo cual lógicamente condiciona la temática de las obras.

El Concilio de Trento fomentó el uso y la creación de las imágenes como medio para formar y elevar el pensamiento y la devoción de los fieles, haciendo hincapié en que se venera a quién se representa y no al objeto mismo. Por otro lado se determina que las escenas representadas, en cuanto eran un medio de enseñanza, se debían atener a los relatos del Evangelio o del Santoral, quedando solo la expresión en manos del artista en cuestión.

Pues bien, Mesa es sobre todo un escultor de imágenes procesionales. En España a partir del primer tercio del siglo XVII las procesiones religiosas van a ir cobrando una extraordinaria importancia lo que lógicamente tendrá como consecuencia el gran desarrollo de la escultura de carácter procesional, y así, podemos decir que el siglo XVII español va a ser el siglo de los grandes imagineros, vallisoletanos y andaluces fundamentalmente, que con sus obras removerán los sentimientos de los fieles.

Cuando hablamos de imágenes procesionales lo primero que nos viene a la cabeza es el nombre de PASO, término que proviene del latín “passus”, y que según el Diccionario de la Real Academia Española, en la acepción que aquí nos interesa, se define como: “Efigie o grupo que representa un suceso de la Pasión de Cristo, y se saca en procesión en Semana Santa”. Lo que se pretende con cualquier paso o imagen procesional es “mover a devoción”, es decir, desencadenar un espíritu devoto en los fieles y en todo aquel que lo contemple. En cualquier imagen hecha para un paso de Semana Santa la expresión se concentra en los rostros, y sobre todo en las miradas. Se trata de una escultura que podríamos calificar de efectista, en el mejor sentido de la palabra, ya que lo que se pretende es llamar la atención, remover el ánimo del que la contempla. El arte Barroco fue perfecto para la consecución de este fin.

Hemos escogido para este estudio los dos impresionantes Nazarenos que Mesa realizó a lo largo

de su vida como imágenes procesionales, y que ocupan un lugar de honor no solo dentro de su producción escultórica sino de las imágenes de la Semana Santa española: “Jesús Nazareno del Gran Poder” (Sevilla) y “Nazareno de la Rambla” (Córdoba). Conviene aclarar en este momento que la iconografía del Nazareno se remonta al arte paleocristiano y por tanto es una imagen tradicional de devoción, si bien es cierto que su representación artística comienza a finales del siglo XV y principios del siglo XVI. El Nazareno representa el pasaje de la Pasión de Jesús en la que el Señor va camino del Calvario con la cruz a cuestas. Curiosamente este pasaje (“Jesús llevando a cuestas su cruz, salió para un lugar que llamaban la Calavera y allí lo crucificaron con otros dos...”) solo aparece en el Evangelio de San Juan, no apareciendo en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y digo curiosamente porque no deja de sorprender que un hecho que solo se relata en uno de los Evangelios haya sido motivo de tantas devociones y tantas veces haya sido representado en el arte. Hay dos modalidades de Nazareno en cuanto a su representación artística, que difieren bien poco entre ellas pues en ambas lógicamente Cristo porta la cruz, pero en una se mantiene erguido mientras que en la otra se muestra con una rodilla en tierra.

Los Nazarenos de Mesa son por tanto imágenes procesionales, que responden al tipo de Nazareno que porta la Cruz pero se mantiene en pie, y como imágenes realizadas para procesionar pretenden desencadenar y, sin duda lo logran, un espíritu devoto. Mesa consigue con sus Nazarenos unir de una manera sublime emoción religiosa y calidad artística.

La obra que ha hecho popular el nombre de Juan de Mesa es el Nazareno del Gran Poder de Sevilla, realizado en 1620 por encargo de la Cofradía del Traspaso. Desde su creación la Hermandad ha cambiado en varias ocasiones de sede, permaneciendo desde 1703 en la iglesia parroquial de San Lorenzo de Sevilla, la cual ha sido objeto de sucesivas modificaciones y ampliaciones, necesarias a tenor del incremento del culto y la devoción a la imagen. La última de las ampliaciones fue en 1958, año en que la Hermandad compra el edificio que ocupaba la Jefatura de Obras Públicas, colindante a la Iglesia de San Lorenzo, quedando bendecida la nueva Iglesia en 1965 y siendo designada Basílica por el Papa Juan Pablo II en el año 1992.

Dada la extraordinaria calidad de la obra, durante siglos fue atribuida a Martínez Montañés, hasta que en torno a 1925 el investigador Heliodoro Sánchez Corbacho descubre en el Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla la verdadera autoría de la obra al encontrar en dicho archivo la carta de pago otorgada por Juan de Mesa por la ejecución de una imagen de Jesús Nazareno y otra de San Juan Evangelista para la Cofradía del Traspaso. Parece ser, como así lo reflejan las noticias de la época, que tal descubrimiento produjo en un primer momento un cierto desencanto. La escultura, que desde su origen había sido objeto de una gran devoción, devoción que ha ido yendo en aumento con el transcurso de los siglos, dejaba de ser de Martínez Montañés, como ya hemos dicho el mejor o uno de los mejores escultores del barroco sevillano y pasaba a ser de “un tal Juan de Mesa” que hasta ese momento era un escultor muy poco conocido y reconocido. Es precisamente esta imagen, perfecta en cuanto a técnica y de una extraordinaria calidad artística, la que coloca a Mesa en el lugar que le corresponde.

“El Señor de Sevilla” mide 1.81 m. de estatura y está tallado sobre madera de cedro policromada y pino de la sierra jienense de Segura. Como imagen procesional de vestir tiene talladas la cabeza con la corona de espinas, las manos y parte de las piernas,



“Nazareno del Gran Poder (Sevilla)”

estando el cuerpo abocetado y los brazos articulados en los codos y hombros.

Presenta a Cristo con la corona de espinas ciñéndole la frente y en actitud de caminar, con la pierna izquierda que avanza dando una amplia zancada y con el pie completamente apoyado para soportar el peso de la cruz. Es precisamente esa zancada la que va a permitir que la imagen vista de frente parezca que avanza hacia el espectador. Por el contrario la imagen vista de perfil o desde un punto de vista lateral produce la sensación del esfuerzo de Cristo, que arquea su espalda, al cargar con la cruz para redimir a la humanidad, y esto Mesa lo consigue dejando el talón del pie derecho ligeramente levantado e inclinando el torso y la cabeza de Cristo hacia el lado contrario al que es portada la cruz, lo que además permite hacer contrapeso.

La corona de espinas es muy abultada lo que da sensación de gran pesadez sobre la cabeza, con unas espinas muy afiladas que se clavan en la frente y en la oreja, y no está superpuesta sobre la frente sino que está tallada en el mismo bloque, terminando en cabeza de serpiente, simbolizando la victoria de Dios



sobre el pecado. Los músculos y venas de cuello y manos aparecen especialmente marcados para reflejar el tremendo esfuerzo y la tensión que está padeciendo Nuestro Señor.

Hemos hecho la descripción física de la imagen pero sin duda, si por algo destaca este Nazareno y que hace que tantísimos fieles tengan una devoción tan particular por él es por la intensa carga emocional que lleva consigo. Mesa está haciendo una imagen procesional y por tanto sabe que con ella tiene que conmover a los fieles, y vaya si lo consigue. El escultor ha puesto una intención especial en reflejar no solo el dolor físico padecido por Jesús sino, y sobre todo, el dolor psicológico. Cuando contemplamos la imagen de Jesús del Gran Poder nos encontramos ante una imagen rotunda por su claridad y que conjuga como pocas realismo y espiritualidad. Con el "Gran Poder" el escultor cordobés ha conseguido de una manera sublime transmitir todo el dolor del mundo a través del rostro de Cristo. Dios hecho hombre ha sufrido tanto que se ha convertido en un anciano. La cara de Cristo, con su mirada conmovedora y misericordiosa hacia abajo, hacia el fiel, y la boca entreabierta como si estuviera suspirando, es una cara completamente demacrada y al mismo tiempo está llena de ternura y compasión. Resulta impresionante la sensación de soledad y resignación que transmite la figura.

La imagen ha sido objeto de varias restauraciones, algunas no muy acertadas, como la realizada en 1977 que básicamente consistió en construir un sistema de sujeción mediante un engranaje o armazón metálico en el interior que permitiera sujetar la imagen a la peana lo que provocó un importante desencaje de piezas. Además en esa desafortunada intervención también se actuó arbitrariamente sobre la policromía lo que provoca un desprendimiento de la misma. Los daños causados son importantes y la situación llegó a ser tan delicada que en 1983 la Hermandad tuvo que aprobar una actuación de urgencia. Se inicia entonces una nueva restauración realizada por los hermanos Cruz Solís, Joaquín y Raimundo, técnicos del Instituto de Conservación y Restauración de obras de arte, centrándose básicamente en la eliminación del engranaje metálico que tantas alteraciones había ocasionado sobre la madera, construyéndose además una nueva peana y retirándose la policromía y pastas añadidas en 1977, lo cual permitió recuperar parte de la



policromía original. No cabe duda que el paso y el peso del tiempo han dejado en la imagen unas huellas que, de alguna manera, también la definen.

Si hemos analizado en primer lugar el Nazareno del Gran Poder es simplemente porque cronológicamente su factura es anterior a la del Nazareno de La Rambla.

Pocos meses después de finalizar el Gran Poder de Sevilla, concretamente el 1 de Abril de 1621, y también por encargo de una cofradía penitencial, Mesa firma un contrato con Juan de Escamilla, vecino de la Rambla, pueblo de la campiña de la tierra natal de Juan de Mesa, Córdoba, y en su nombre con el presbítero Alonso Ecijano, para realizar otro Nazareno para la Iglesia conventual del Espíritu Santo.

Es también una imagen procesional de vestir, en madera policromada, cabeza, pies y manos de cedro, y el resto de pino de Segura, completamente tallado el cuerpo, las piernas e incluso el paño de pureza. Teniendo en cuenta la distancia a la que va a ser contemplada la imagen, ésta es de gran altura, mide 1,93 centímetros. Sale en procesión portando una pesada cruz de plata, joya de la orfebrería mejicana del siglo XVIII, por lo tanto no es la original y probablemente sea la responsable de que se hayan recortado algunos mechones de pelo en

ese lado izquierdo, solo para poder acomodar el palo o travesaño de la cruz sobre el hombro de Cristo. Como el Nazareno hispalense es también muy elegante, también de amplia y decidida zancada en su caminar que curva ligeramente su espalda por el peso de la cruz, que en definitiva es el peso de toda la humanidad a la que va a redimir por la esperanza. También como en el Gran Poder ciñe corona de abultadas y afiladas espinas que termina en cabeza de serpiente. En el rostro vemos a un Cristo que sufre pero que al mismo tiempo acepta con serenidad y valentía su final.

El rostro no conserva la encarnadura original ya que la Iglesia del Espíritu Santo de La Rambla fue incendiada durante la invasión napoleónica lo que provocó que en 1841 se restaurara la imagen, restauración que habría de provocar importantes alteraciones sobre la policromía del Nazareno. En 1958 el taller del imaginero Antonio Castillo Lastrucci interviene, entre otras cosas, en la policromía de rostro y manos del Nazareno, aplicando una veladura y eliminando en parte repintes anteriores. La última intervención ha sido realizada en 1994 por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, y consistió básicamente en limpiar la suciedad de la cara del Nazareno, una vez comprobado que era imposible



recuperar la policromía original, diseñándose además un tercer apoyo para dar una mayor solidez a la imagen.

Estamos ante otra magnífica y conmovedora obra de madurez de Mesa, muy intensa también en su expresividad, con la que el escultor consigue que se dé una perfecta comunicación entre la imagen y el fiel.

Para terminar decir que los dos Nazarenos dan testimonio sin lugar a dudas de la condición de gran escultor de Juan de Mesa, durante tantos siglos casi en el anonimato y hoy, como no podía ser de otro modo, perfectamente reconocido y admirado.

BIBLIOGRAFÍA

- Angulo Iñiguez, Diego: *"Historia del Arte"*. Distribuidor E.I.S.A. Madrid. 1975.
- Azcarate, José María de: *"Historia del Arte"*. Ediciones y Publicaciones Españolas, S.A. Madrid. 1969.
- Bozal, Valeriano: *"Historia del Arte en España: Desde los orígenes hasta la Ilustración"*. Ediciones Istmo. 1973.
- Antonio, Trinidad de: *"El siglo XVII español"*. Historia 16. Nº 31. Madrid. 1989.
- Echeverría Goñi, Pedro Luis: *"Policromía renacentista y barroca"*. Cuadernos de Arte Español. Historia 16. Nº 48. Madrid. 1992.
- Martín González, Juan José: *"El arte procesional del barroco"*. Cuadernos de Arte Español. Historia 16. Nº 95. Madrid, 1993.